
LA ESTRATEGIA AÉREA ESPAÑOLA ANTE EL SIGLO XXI

Fernando Horcada Rubio
Comandante de Aviación

SE ha dicho muchas veces que si por algo puede caracterizarse la estrategia aérea en España, es por no haber existido o por haber tratado siempre de mantener el Poder Aéreo español lo mejor preparado posible para ganar la guerra...anterior. Ninguna de las dos afirmaciones se puede decir que sean absolutamente ciertas ni completamente falsas. Es cierto que durante casi cuarenta años, es decir desde la creación del Ejército del Aire hasta finales de los años setenta, la falta de una definición explícita de la estrategia nacional dificultaba la formulación de una estrategia militar y, por tanto, de una estrategia aérea, y que la consideración de los medios aéreos como un apoyo a las fuerzas de superficie, la relegaban a ser sólo una parte de las estrategias terrestre y marítima.

Sin embargo, en una mirada a nuestra corta historia podremos descubrir que, si bien durante este tiempo se ha carecido de una estrategia aérea en su sentido más amplio y ni tan siquiera se ha contado con pensadores tan ilustres como en los años previos a la creación del Ejército del Aire, sí que han existido un pensamiento y modestas actuaciones estratégicas nacidas del estudio de las actuaciones de otras Fuerzas Aéreas en diversos conflictos, y que, a la postre, han hecho volver la vista de los responsables de la política nacional hacia las auténticas capacidades de nuestra aviación. La autorización para la participación de nuestros aviones en recientes conflictos internacionales así parece evidenciarlo. Pero quedarnos en la Guerra del Golfo o en las operaciones sobre Bosnia-Herzegovina sería cometer nuevamente el error de prepararnos para pasados conflictos. La Estrategia, como Historia prospectiva, obliga a un continuo esfuerzo de

imaginación y de análisis. Si queremos empezar a cincelar nuestra propia Historia futura, este es el mejor momento.

En este proceso de análisis imaginativo empezaremos por fijar cual puede ser el papel de España en el futuro concierto mundial y cómo lo deberemos interpretar para la consecución de nuestros objetivos nacionales permanentes. A continuación se evaluarán los riesgos, en el campo de la defensa, a los que puede enfrentarse nuestra nación. Por último, "diseñaremos" las armas que, tanto nosotros como nuestros aliados, necesitaremos para eliminar esos riesgos sin combatir (en el arte supremo de la guerra, según Sun-Tzu), o para llegado el caso, paralizar la estrategia del adversario antes de que nos pueda ser realmente inconveniente.

ESPAÑA EN EL MUNDO DEL MAÑANA

Es ocioso recordar, por conocido, que el papel de España pasa indefectiblemente por la integración en Europa. En un Mundo regido por unas complejas relaciones internacionales apenas comprendidas por la teoría del paradigma interrelacional múltiple, no se concibe un estado-nación con vocación individualista. La pérdida de soberanía nacional de cada uno de los estado-nación asociados en aras de una política común no debe percibirse como algo negativo. Como describieron Alvin y Heidi Toffler en 1980 en su libro *La tercera ola*, estamos siendo testigos, sin darnos cuenta, de una revolución social que dejará en nada a las anteriores. El mundo está cambiando rápidamente de la ola de la industria y la producción hacia la ola de la tecnología y la información. La primera de las tres olas, la de la agricultura, permitió a los seres hu-

manos hacerse sedentarios y asociarse en entidades mayores que la de la tribu. El ansia por poseer el mayor número posible de terrenos cultivables desembocó en la creación de los estados-nación. La aparición de la industria masiva originó la aparición de macro-estados, con gran capacidad de producción y comercio. La ola de la tecnología está abriendo las puertas a la aparición de los estados plurinacionales.

El Mundo tras la descomposición de la U.R.S.S. ha perdido su estabilidad bipolar. Pero no puede durar mucho una situación inestable en un contexto de intereses encontrados. Muchos analistas, entre los que cabe mencionar al profesor del Arenal, consideran que el Mundo se encamina hacia un equilibrio pentapolar, es decir, similar al que rigió Europa durante siglos, sólo que ahora los estados serán sustituidos por super-estados plurinacionales, probablemente EE.UU., Rusia y sus naciones asociadas, China, Japón y sus asociados en el Pacífico, y Europa. Aunque esto entra dentro de la política-ficción, en Europa se percibe como una realidad, y a pesar de las múltiples desavenencias entre los estados, de los euroescépticos y de las exigencias de Maastricht, Europa será algún día una. O perderá su peso en el mundo...

En esta línea los europeos somos conscientes de que no existe ni política, ni economía, ni sociedad comunes, sin defensa común. El nuevo concepto estratégico de la Alianza Atlántica nos aleja del corsé de defensa del territorio, en y desde el territorio, como única misión. Se han acabado los tiempos de la disuasión basada en la represalia masiva, la defensa avanzada y la respuesta flexible. El ensanchamiento de nuestro espacio estratégico nos permite llevar nuestro Poder Militar allí donde sea necesario para el cumplimiento de nuestras misiones, incluidas el mantenimiento, o también la imposición, de la paz y la ayuda humanitaria, cuando así sea requerido por Naciones Unidas.

El futuro de Europa pasa por su capacidad potencial de desvincularse de los Estados Unidos. Capacidad potencial no significa, por supuesto, que vayamos a darles la espalda ni a lograr prontamente una total independencia tecnológica y económica de América. La OTAN misma en su nuevo concepto estratégico recoge la necesidad de reforzar el pilar europeo, pero todos los alia-

dos son necesarios. Sin embargo, Europa deberá seguir potenciando las estructuras defensivas puramente europeas si quiere tener un peso específico real. La situación vivida en la antigua Yugoslavia, incluyendo las dudas de los estados europeos, restan credibilidad a una comunidad que no es capaz de actuar ni tan siquiera cuando la mayoría de sus miembros están de acuerdo.

El futuro de España pasa por la integración en sistemas multinacionales. Actualmente es una de



Los Padres de la Estrategia Aérea. José F. Cienfuegos Esquerdo

nuestras aspiraciones nacionales y nada hace temer que no vaya a conseguirse. Nuestro concepto estratégico variará hacia posiciones más comunitarias conforme nuestra integración en organizaciones superiores avance. En el horizonte estratégico español, no se concebirán ya riesgos compartidos y no compartidos, sino simplemente riesgos. Por supuesto este grado de unificación se halla todavía lejano, pero ¿puede dudarse de que preparados para anular un riesgo común no seamos capaces de utilizar los mismos medios

para nuestra defensa en solitario?. Si nuestra participación en las estructuras de defensa colectiva es paritaria, ¿por qué no podríamos utilizar un avanzado sistema de C3I dotado de satélites de comunicaciones e inteligencia desarrollado en combinación con otros países, uno de cuyos centros de proceso de datos pudiera estar en nuestro territorio? Y lo mismo se podría decir de los demás sistemas y armamento de alta tecnología desarrollado a través de programas de I+D² en los que las empresas españolas tuvieran un alto grado de participación. Lo ocurrido en 1957 cuando el conflicto de Irfni, sólo puede suceder cuando se recibe ayuda a cambio de soberanía, pero no tiene cabida dentro de una organización defensiva de miembros en igualdad de condiciones.

Por tanto se percibe desde ahora que la estrategia militar del futuro estará basada en la disuasión que proporciona estar integrado dentro de sólidas organizaciones supranacionales. La estrategia española será decididamente la de Europa (coincidente en muchas ocasiones con la de EE.UU.), como hoy en día; sólo que en el futuro no la habremos aceptado sin más, sino que habremos participado en su definición.

Pero las posibilidades que podrá ofrecer la tecnología de tercera ola a cualquier siniestro personaje, nos obligará a estar preparados para actuar "quirúrgicamente" mediante acciones de paralización estratégica. Y aquí la estrella seguirá siendo el Poder Aéreo.

LOS RIESGOS DEL FUTURO

Los riesgos a que se enfrentará nuestra España futura son, por sí mismos, difíciles de predecir. En el mundo trisecado definido por Alvin y Heidi Toffler en su libro "Las guerras del futuro", *muchos regímenes brutales se hallarán en posesión de armas de la segunda ola caracterizadas por gran poder letal, como las químicas o biológicas, e incluso quizás las de destrucción masiva, y será necesario eliminarlas produciendo el mínimo daño colateral. Pero habrá muchas otras causas de conflicto diferentes, demográficos, ecológicos, energéticos, y otros difíciles de predecir. Muchos países con economías de primera ola están basando sus economías en la producción de drogas con las que inundan Occidente y hacen peligrar su propia estabilidad social. En el futuro veremos conflictos por causas de lo más variado, y a todas habrá que hacer frente.*

En 1987, tres años antes de la Guerra del Golfo, el grupo de los siete países más poderosos económicamente del mundo, el G-7, acordaron poner limitaciones a la exportación de una serie de elementos comunes destinados a evitar que otros países consiguieran producir misiles

que pudiesen enviar una ojiva nuclear de más de 100 kg. a más de 280 kilómetros, pero lo cierto es que el ejemplo dado por los primitivos Scud iraquíes animó a muchos países a conseguir ingenios similares.

Según Alvin y Heidi Toffler, *la posibilidad de que estallen muchas guerras limitadas y autónomas en regiones de la primera y segunda olas no debe llevarnos a la conclusión de que las grandes potencias se hallarán a salvo y en paz. El hecho de que haya disminuido el peligro de confrontación nuclear absoluto entre Estados Unidos y Rusia no significa la desaparición del propio riesgo de escalada. La creciente proliferación de armas de destrucción masiva, el auge de la aplicación de tecnología civil a fines militares y la debilidad de todos los sistemas anti y contraproliferación, apuntan conjuntamente a la posibilidad de que guerras pequeñas se tornen mayores y más horribles y atraviesen las fronteras de las potencias de tecnología avanzada donde la guerra es supuestamente inconcebible.*

La cesión de parte de nuestra soberanía de estado-nación en beneficio de una soberanía supranacional compartida, tiene dos lecturas en lo que respecta a la política de defensa. Por un lado, la pertenencia a una coalición fuerte, tecnológicamente avanzada y resuelta a utilizar sus recursos para mantener la paz en todo su ámbito de actuación, es un elemento disuasivo de primer orden, tanto que, como se ha apuntado, hace desaparecer el concepto de riesgos no compartidos. Cualquier potencial amenaza contra nuestra nación que no pudiese ser respondida dentro del marco de los tratados defensivos por razón de competencia y que, por tanto, hubiese de ser afrontada en solitario, se asumiría desde la situación ventajosa en que nos habría situado un mayor desarrollo tecnológico auspiciado por la propia pertenencia a la organización y, además, muy probablemente, con su apoyo. El resultado de la guerra de las Malvinas pudiera haber sido bien diferente si los británicos no hubieran recibido la oportuna ayuda de alguno de sus aliados que tenían el catastrófico efecto que, sobre el concepto de la disuasión, hubiera tenido la derrota de un país perteneciente a la OTAN.

Pero por otro lado, aunque las probabilidades de resolver crisis favorablemente se multiplican en el marco de la integración supranacional, también es cierto que aumentan el número de riesgos por cuanto son más numerosos los intereses de los estados miembros que pueden entrar en litigio con algún otro estado-nación u organismo supranacional. Por tanto, aunque en el horizonte del Siglo XXI nuestra nación se halle mejor defendida, es muy probable que sea mucho mayor el grado de participación de nuestras Fuerzas Armadas en conflictos que, en principio, no



se perciban como riesgos directos para España.

Estos conflictos se desarrollarán la mayoría de las veces lejos o muy lejos de nuestras fronteras interiores, por lo que será necesario disponer de unos medios con el alcance suficiente, gran flexibilidad y capacidad de paralizar la estrategia del adversario antes de que pueda suponer una auténtica amenaza para la coalición. Esta capacidad de reacción deberá ser apoyada por una perfecta información que nos permita anticiparnos a la siguiente acción del enemigo, y de unos sistemas de armas que posibiliten su utilización sin provocar el rechazo interno ni las iras externas, mediante un elevado grado de destrucción tecnológica con el menor daño colateral posible. Estas armas de la ola de la tecnología y el conocimiento encuentran su mejor campo de actuación a través del Poder Aeroespacial.

EL PODER AEROESPACIAL DEL SIGLO XXI

Aunque la catástrofe norteamericana del Vietnam parecía iniciar el declive de un imperio, la resolución de los EE.UU. convirtió la derrota en enseñanza y espoleó la gran capacidad organizativa de esa nación. A principio de los años setenta, el pentágono creó en Fort Monroe, Virginia, el TRADOC, Centro de Entrenamiento y Doctrina, que tenía por misión diseñar una nue-

va estrategia americana que superase los errores anteriores. Con ocasión de una escala en el desplazamiento a Nellis AFB para participar en un ejercicio tipo FLAG, (por cierto diseñados en ese centro), algunos miembros del Ejército del Aire tuvimos la oportunidad de visitar sus instalaciones. Pero no todos éramos conscientes de que la mayor revolución de la estrategia militar se había diseñado entre esas sobrias murallas. Los americanos, inspirados por la doctrina israelita de la guerra del Yom-Kippur, idearon allí la doctrina del combate aeroterrestre y la estrategia de la Defensa Activa. Quince años después, sobre los cielos de Irak, confirmaron la validez de sus tesis, infringiendo una derrota sin parangón al que se consideraba el tercer ejército del mundo.

La doctrina del combate aeroterrestre, cuyos fundamentos se hallan en los escritos del coronel norteamericano John Warden III, se basa en el empleo fundamental del binomio avión-arma inteligente. El Poder Aéreo alcanza así el papel predominante que, desde Douhet hasta Seversky, pasando por Mitchell y Kindelán, habían pronosticado. Las voces disidentes que argumentaban que el escenario de la guerra del Golfo había sido "de libro", pero que el papel principal de la batalla no podría ser concedido al Poder Aéreo en conflictos menos convencionales, fueron nuevamente acalladas cuando la OTAN, en Bosnia-

Herzegovina, resolvió en pocos días un largo conflicto forzando un acuerdo mediante la utilización exclusiva de medios aéreos. Estas dos actuaciones obligaron a reconocer además algo que también hace años se preconizaba desde dentro de las fuerzas aéreas de muchos países: el carácter puramente estratégico del Poder Aéreo.

En efecto, si consideramos como objetivos estratégicos aquellos cuya destrucción puede resolver a nuestro favor el resultado de la guerra, el Poder Aeroespacial es hoy en día y en el futuro lo será aún más, el que se muestra más adaptado para alcanzarlos y conseguir su neutralización. La tendencia de los últimos conflictos en que han participado fuerzas de países de la primera ola, ha sido la de una rápida victoria mediante una serie de ataques aéreos sobre objetivos vitales de su sistema defensivo. Esta nueva doctrina ha dado como consecuencia la nueva estrategia de los EE.UU. en su doble vertiente: Defensa No Provocativa, basada en un alto grado de desarrollo tecnológico e integración de sistemas como factor de disuasión y en caso de que se mostrase insuficiente, utilización de la fuerza en una Paralización Estratégica, basada en la neutralización rápida y quirúrgica de los objetivos vitales que anule la capacidad del enemigo de realizar acciones hostiles con posibilidad de éxito. Es decir, lo que el Col. John Warden denomina *incapacitación por decapitación*.

Ambas estrategias necesitan por tanto de armamento de la tercera ola. El arma del mañana será cada vez menos letal. Si algo caracteriza a las armas de la segunda ola es su alta letalidad, desde armas con poco poder destructor pero de gran mortalidad (químicas o biológicas), hasta las de destrucción masiva, incluyendo armamento nuclear táctico o estratégico. Las armas de la tercera ola se caracterizan por su capacidad de destrucción selectiva. Las de la segunda ola tuvieron un importante papel estratégico que mantuvo una paz (o mejor, una guerra fría) basada en la disuasión durante años, pero su propia letalidad y las imprevisibles consecuencias que

acarrear las hace inutilizables fuera del conflicto apocalíptico que pretenden, paradójicamente, evitar. La ventaja de las armas de la tercera es que su aceptación ética es elevada, permitiendo su desarrollo y utilización.

Actualmente este tipo de armas está basado en la posibilidad de situar un explosivo de altas características sobre un objetivo predeterminado, de una forma extremadamente precisa y desde una distancia suficiente para mantener a la plataforma de lanzamiento fuera del alcance de las amenazas enemigas. En el horizonte de los armamentos "inteligentes" la primera de estas características quizás se vea modificada. La búsqueda de la menor letalidad hará caer en desuso la utilización de explosivos como cabeza de

guerra de los vectores. Bombas de energía, dirigidas a deteriorar sin destruir cualquier equipo electrónico en un área determinada, o dispersión de minúsculos saboteadores destinados a introducirse dentro de ellos para inutilizarlos al emitirse una orden, pueden ser algunas de las sorpresas tecnológicas que pueden esperarle a un futuro Saddam Hussein que se atreva a desafiar a la comunidad internacional. Como ya se ha apuntado, el arma del futuro será aquella que pueda producir el máximo de destrucción tecnológica, al menor precio y con el mínimo daño. Pero todas estarán ba-

sadas en tres premisas: necesitarán una precisa información, permanentemente actualizada, de los objetivos, utilizarán el espacio aéreo para llegar hasta él y serán lo suficientemente sigilosas para producir un alto grado de sorpresa. Sólo el Poder Aeroespacial podrá garantizar las tres.

Pero esto no significa que armas de la segunda ola no vayan a ser utilizadas. En el mundo trisecado definido por los Toffler, las contiendas de las tres olas se solaparán. De nada servirían las bombas de energía concentrada contra un ejército de la primera ola, armado de machetes, al que se desea imponer la paz. Armamentos de todo tipo deberán poder ser empleados indistintamente. Y esta flexibilidad sólo podrá ser garantizada por el Poder Aéreo.



La Inteligencia Aérea. José F. Ciennete Esquerdo

El rápido desarrollo de la misilística de los últimos años parecía haber dado al traste con los avances de las plataformas aéreas. Sin embargo, la sorpresa tecnológica que produjo la aparición del F-117 lanzando "discretamente" bombas sobre Bagdad, demostró la inexactitud de la creencia. Pero lo que sí parece cierto es que los conceptos que primaban sobre los aviones de la segunda ola cambiarán radicalmente. Así, velocidad y maniobrabilidad dejarán su lugar predominante a sigilosidad, capacidad de integración de información, supervivencia electrónica y elevado radio de acción. La capacidad *off-bore-sight* de los misiles A/A, por ejemplo, permitirá atacar blancos múltiples, incluidos los del sector trasero del avión, sin modificar la trayectoria del avión, pasando la capacidad de viraje del avión a ser un factor secundario en relación con la del misil. La superioridad vendrá dada por la capacidad electrónica para adquirir blancos y autoprotegerse. Puede asegurarse que en breve será muchísimo más peligroso un lento y pesado avión de la tercera ola, dotado de medios avanzados de defensa activa y potentes radares multidireccionales, que un "anticuado" caza de la segunda.

Pero si algo caracterizará al Poder Aeroespacial en el horizonte del próximo milenio será la capacidad de adquirir e integrar información. La estrategia de la Paralización Estratégica así lo requiere. Las plataformas aéreas de reconocimiento verán aumentados sus parámetros de sigilosidad y autonomía. Existen ya ensayos para mantener pequeños aviones en vuelo mediante la transmisión de energía desde fuentes alejadas. Las plataformas espaciales aumentarán su capacidad de adquisición de información mediante sensores diversos con definiciones inferiores a 50 cms. En este campo Europa tendrá mucho que decir, como así parecen demostrarlo los lanzamientos de los cohetes Ariane llevando satélites de la serie ERS. La Agencia Espacial Europea deberá jugar un papel fundamental en los próximos años.

Si la adquisición de información se hará importante, en la integración de los sistemas estará la clave del éxito. Entre los retos del futuro estarán la transmisión simultánea de datos y presentación de escenarios en cada una de las plataformas aéreas, comunicaciones digitales en grafía que permita el proceso automático de control del espacio aéreo e integración de las redes de C3I.

Como se ha dicho, la próxima guerra será la del conocimiento. Estados Unidos seguirá por muchos años a la cabeza de los avances tecnológicos y sus aplicaciones militares, pero Europa no debe perder el tren. La actual política continental de potenciar I+D² y su aplicación en el ámbito de la defensa deberá tener continuación

si no deseamos ser simplemente el componente de segunda ola de una organización de la tercera. El desarrollo del Eurofighter y el FLA parecen auspiciar un correcto camino hacia la independencia tecnológica.

UNA ESTRATEGIA PARA EL EJÉRCITO DEL AIRE DEL SIGLO XXI

Como se ha expuesto, la estrategia militar de España se hallará fuertemente asociada a la de Europa y EE.UU. a través de pactos, alianzas y organizaciones de defensa. Pero a diferencia de otros tiempos, la participación de nuestro país en el diseño de esta estrategia común será importante. La estrategia particular para nuestro Ejército será, por tanto, consecuencia de la estrategia militar, similar y común a las estrategias aéreas del resto de los países aliados.

En primer lugar al hablar del futuro espacio estratégico nos encontraremos con el problema de poder limitarlo. Está claro que existirá un espacio estratégico, que podemos denominar "preferencial", en el que cada país tendrá la responsabilidad principal en la dirección y soporte de las operaciones para paralizar la estrategia amenazadora de una potencia cercana, aun con el apoyo del resto. Pero en el horizonte de las futuras alianzas, incluyendo las existentes y las que puedan surgir, se contemplará la actuación en teatros alejados, proporcionando fuerzas para misiones de Naciones Unidas destinadas a disuadir a cualquier potencial amenaza o para imponer la paz donde quiera que sea necesario, extendiendo el espacio estratégico a la totalidad del globo terrestre.

El Ejército del Aire será el único capaz de dar respuesta inmediata a los requerimientos de nuestra estrategia con la flexibilidad y velocidad necesaria. Pero para ello debemos poner nuestras miras en unos objetivos a alcanzar. La estrategia del Ejército del Aire irá encaminada a la obtención de los medios tecnológicos (estrategia genética) y a su despliegue y operación (estrategia operativa).

Con respecto a la obtención de los recursos, el futuro empieza hoy mismo. Dotar mañana al Ejército del Aire de unas armas del futuro tiene que ser un plan continuado y no escalonado. Los costosos sistemas de armamento de destrucción selectiva, plataformas aéreas, plataformas espaciales, sistemas de C3I, no son fáciles de obtener por parte de una sola nación. Por ello se debe continuar, e incluso aumentar, la colaboración con otros países europeos para potenciar nuestra I+D². Los programas del Eurofighter, FLA y Helios van en esa dirección, y en el plano nacional, el Hispasat y el programa Capricornio nos abren el camino al espacio. También en es-

te campo tendrá mucho que decir nuestro Ejército, que ve ampliado su campo de acción del aire al aeroespacio. Se deberá prestar especial atención al desarrollo de la misilística y de las armas de destrucción selectiva, campos en los que nuestras empresas de armamento pueden desarrollar un gran papel.

La colaboración con el resto de los países europeos en programas I+D² nos permitirá el acceso continuo a las tecnologías de vanguardia y a sus aplicaciones prácticas en el campo de la defensa. En otras palabras, el acceso al conocimiento, clave de la disuasión futura. Las armas del futuro, que se han esbozado en estas páginas, se caracterizarán por su elevada eficiencia, es decir, gran eficacia a bajo precio, pero su posesión se verá limitada sólo a aquellos países que hayan alcanzado un desarrollo tecnológico de la tercera ola que permita su sostenimiento y el flujo de información necesaria para hacerlas útiles. El acceso a estos tipos de armamento nos situará en una posición ventajosa también ante los riesgos no compartidos por nuestros Aliados, mayor incluso que si dispusiéramos de armas de destrucción masiva, pues la credibilidad de la utilización de aquellos es muy superior.

Por último, al referirnos a la futura estrategia aérea operativa deberemos de nuevo hacer referencia a la integración de nuestra Fuerza Aérea con la de los demás Aliados. El camino informal que ha abierto la conferencia EURAC, a la que asisten todos los Jefes de Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas de los países de la OTAN, de la UEO y de algunos miembros observadores de esta última organización, ha abierto una nueva forma de trabajo que, pasado el tiempo, será reconocida formalmente. La necesidad de obtener recursos críticos (aviones de transporte, de reabastecimiento en vuelo, alerta temprana, medios SEAD), de integrar medios de defensa aérea y redes de C3I, unificar criterios de forma continuada, desarrollar una doctrina de empleo del poder aéreo propia, formar pilotos en un centro común con un avión de entrenamiento avanzado europeo, y constituir un Centro de estudios de Guerra Aérea, forman parte de los retos de un futuro cercano, que ya se han iniciado. La posible creación de una Fuerza Aérea permanente (EUROAIRFOR) dentro del marco de la UEO abre grandes posibilidades hacia la total integración.

Puede concluirse que, aunque en el futuro nuestra estrategia aérea será fuertemente interdependiente de las de nuestros Aliados en Europa, no estará en absoluto subordinada a ella. Podremos hablar mejor de una estrategia aérea aliada, dentro de la cual, la española tendrá mucho que decir. Europa se juega su futuro en estas fechas y el reto será saber constituir una nueva OTAN en el que su papel sea mayor. La confec-

ción de una cadena de mando proporcional a las fuerzas que asigne cada una de las naciones será la meta de España, y aquí el Ejército del Aire podrá adquirir el papel preponderante que le corresponde.

CONCLUSIONES

—Las guerras del futuro serán las guerras del conocimiento, información y tecnología. Quien domine estos campos disuadirá a cualquier posible enemigo de la confrontación armada, y si se produce, le vencerá.

—El Poder Aeroespacial, por su propia concepción, es el arma de la tecnología pura y la que mayor posibilidad tiene para adquirir información. Mediante sus capacidades (adquisición de información y de destrucción tecnológica) se convertirá en el arma estratégica por excelencia para la paralización del adversario y, por tanto, en el factor principal de la disuasión.

—En el futuro las confrontaciones bélicas entre potencias se iniciarán sin el establecimiento de frentes, incluso a gran distancia entre unas fuerzas y otras. Sólo el Poder Aeroespacial podrá cubrir esa distancia de manera rápida y satisfactoria.

—El Poder Aeroespacial cubrirá preferentemente objetivos estratégicos. Antes de emplearlo tácticamente deberá haberse descartado cualquier otro recurso.

—La sigilosidad, radio de acción, capacidad de integración de sistemas, detección de objetivos, role multifunción, recepción de datos de C3I a bordo, autodefensa y capacidad de despliegue serán características principales del avión de combate por encima de la maniobrabilidad, radio de viraje, velocidad, techo, etc.

—La guerra será ganada por aquél que mejor conozca a su adversario. La destrucción o neutralización física de los objetivos sólo será el último eslabón de una cadena iniciada mucho antes con la adquisición de información.

—El respaldo de la tecnología de última generación dará siempre la ventaja y será un factor de primer orden en la disuasión. Los sistemas de armas de destrucción selectiva, las plataformas de adquisición de información y los sistemas integrados de C3I, sólo están al alcance de naciones con un alto nivel de conocimiento o de alianzas fuertes.

—La integración de los países europeos en sólidas y flexibles organizaciones defensivas, permitirá a nuestro continente acceder a la credibilidad necesaria para permitir la aplicación de las políticas que defiendan nuestros intereses comunes. De la disuasión colectiva dirigida a los riesgos comunes emanará la individual hacia los riesgos no compartidos, por el elevado acceso al conocimiento facilitado por el desarrollo tecnológico compartido con otras naciones aliadas ■